

COSAS DE PARIS

El acuerdo por la pena es loco

La fórmula terapéutica anterior al doctor Achúcarro, y que quedó como atisomo popular, el loco por la pena es cuerdo, fué rectificado por el señero magistrado del Havre así: el cuerdo por la pena es loco.

Al obrero Durand se le condenó por error a la pena de muerte de la que sólo se salvó el perdón de M. Fallières. Luego se demostró que Durand era inocente del crimen que le atribuyeron los señores magistrados del Havre, que no había cometido ningún delito merecedor del terrible castigo; mas entretanto se convenció a unos señores magistrados, el pobre Durand se ha vuelto loco. Loco ante la guillotina que levantaron los señores jueces para cortar la cabeza por equivocación. Claro es que si no se le cortaron no fué por falta de ganas, sino porque el Presidente de la República se opuso a ello, y como también se opuso a ello, los señores jueces se equivocaron, y como mala intención, sino porque cualquiera se equivocó. El pobre Durand está en un manicomio, y sufre manía persecutoria, lo cual no extrañará a nadie después de haberle visto ante los jueces del Havre.

Al cabo de un año, los representantes de la sociedad justiciera se han convencido de la inocencia de su víctima; pero, ¿cómo reparar el daño? El hombre expía su crimen contra la sociedad, pero la sociedad no expía el suyo contra el hombre. Cuando el hombre mata individualmente, se dice que es criminal, y cuando asesina colectivamente, se dice que es loco. Durand es un loco, pero, ¿cómo reparar el daño? El hombre expía su crimen contra la sociedad, pero la sociedad no expía el suyo contra el hombre.

Así, pues, para dar expansión a la necesidad de dar a conocer los pensamientos, nació la escritura; mas ella no es suficiente de no existir un ideal, sin el cual, el hombre o la mujer se verían imposibilitados de dar forma a su modo de pensar.

Por lo mismo, el género humano, para desenvolverse dentro de la sociedad, necesita de un ideal, que es la escritura; mas ella no es suficiente de no existir un ideal, sin el cual, el hombre o la mujer se verían imposibilitados de dar forma a su modo de pensar.

Que Durand deje la locura, aunque no sea más que por pocas horas, el tiempo preciso para que el Tribunal rectifique unos cuantos considerandos—dice los ilustres representantes de la ley.

Peró, ¿y si Durand continúa loco hasta el final de su vida?—preguntan inquietos los ignorantes de esa tan complicada y misteriosa cosa que se llama legislación penal.

Antes de comenzar, amigo "Z", quiero hacerte una definición del anarquismo tal como yo lo comprendo, por ser que me he propuesto desarrollar.

En primer lugar, el anarquismo es el ideal que nosotros propagamos, preparando el terreno que indudablemente nos conducirá a una sociedad anarquista,—comunista o como sea, esto poco nos puede importar—en la cual no exista más que el libre acuerdo, sin imposición alguna de autoridad.

Por sociedad anarquista yo comprendo, la vida amistosa y armonizada de hombres—mujeres, niños y viejos, incluyendo los inválidos,—con otros, con objeto de su desenvolvimiento sea más fácil, y de que la vida no se altere un sólo momento entre los seres humanos. Es decir, que siendo todos hermanos, nos ayudemos—nos prestemos mutua ayuda en todo aquello que sea provechoso y útil para la Humanidad. Y, como por provechoso y útil, yo reconozco toda la producción que sirva para alimentarse el estómago, lo mismo que el mismo para el uso que digo que, lo Barcelona, de un poco de labor que aquí se hace, debido a la ineficacia de las ciencias, necesitamos la ayuda de los demás, sin cuya ayuda "mutua" y voluntaria, no habría vida posible. Por eso, en la sociedad anárquica, como en la presente, tendremos necesidad de combinar los esfuerzos individuales con los de otros individuos, con objeto de que ellos no se pierdan en el vacío de la esterilidad.

Teniendo necesidad, como ves, de aunar nuestro esfuerzo al esfuerzo de otros, reconocerás que es necesario exista un acuerdo común, de donde se deduce que los anarquistas, mejor di-

cho, el anarquismo, tiene como finalidad la formación de una sociedad, o transformará al menos la presente. Tú, decías, que no es cierto que los anarquistas tengan como finalidad la creación o transformación de la sociedad,—bándote no sé en que absurdas teorías,—mas yo digo que la crearía o no crearía poco importa, pues inutilizando la autoridad en la presente, la misma nos serviría para nuestro objetivo, sin necesidad de una nueva, desde el momento en que la encontramos creada, y formada por autoridad.

Peró tú, amigo "Z", ibas más lejos; tú decías que el anarquismo no pretendía formar una sociedad, ni que el mismo tenga ninguna finalidad; en resumen: que el ideal no era nada absolutamente en el desenvolvimiento de la vida; que el individuo era el todo. Ahora bien, yo no concibo haya ningún ideal que no sea como punto de partida una causa, un origen, una necesidad sin la cual la idea, como es lógico suponer, no tendría razón de ser. Luego el ideal anarquista persigue la redención del género humano; la creación o formación de una sociedad armónica, que ha de regirse sin leyes, sin autoridad de ninguna especie.

El hombre yo no dudo sea el todo, no en la naturaleza, sino en el desenvolvimiento social; pero creo también, es decir, afirmo, que el hombre tiene necesidad de una o de varias ideas, para su desenvolvimiento social, por lo que estamos nosotros, como punto de partida, con nuestro obolo a nutrir. Las suscripciones de propaganda y presos, pues Barcelona, donde mayor contingente se da de perseguidos, apenas demuestra solidaridad con los caídos.

La escritura es un "medio" para expresar el pensamiento de los humanos; pero ¿por qué sea absolutamente necesario para el mismo objeto, puesto que la mimica puede suplir la escritura, es cierto también; mas no podríamos, sin la escritura dar a conocer nuestros pensamientos, más que una infima minoría, lo cual redundaría en perjuicio del individuo y de la Humanidad en general; además, el ser, siente más satisfacción con poder enterar a todos de su modo de pensar.

Así, pues, para dar expansión a la necesidad de dar a conocer los pensamientos, nació la escritura; mas ella no es suficiente de no existir un ideal, sin el cual, el hombre o la mujer se verían imposibilitados de dar forma a su modo de pensar.

Por lo mismo, el género humano, para desenvolverse dentro de la sociedad, necesita de un ideal, que es la escritura; mas ella no es suficiente de no existir un ideal, sin el cual, el hombre o la mujer se verían imposibilitados de dar forma a su modo de pensar.

Este individuo, acostumbrado a hablar en la cabilla madrileña donde nace le chispa, se debió sobrecoger al ser interrumpido, y cuando se paró en seguida y rodando escarabajo, se paró en seco en el portal. Lo sentimos ciertamente, pues que no somos amigos de parar los pies a nadie, pero que debe servirle de lección, ya que los límites de la tribuna debe tener los límites del respeto y la consideración debidos al auditorio, o éste ha de manifestar su protesta, como es justo, que tales fueron los que dirigió el conferenciante a sindicalistas y anarquistas.

El anuncio de la conferencia fué una grata sorpresa para nosotros, pues que anunciada en el Casino Republicano y por un conductor de España Nueva, no contábamos con el resultado que así coló de matusalem nos llevó allí el tema, "Socialismo y Sindicalismo", ciertamente sugestivo, creyendo sería tratado por alguna personalidad de cierto relieve en la ciencia o en otra rama del saber. ¡Después! A un socialista de criterio estrecho y del voto de una iglesia, que tiene cerrado a cal y canto sus ojos, nos valió la pena de ir a escuchar. Sin embargo, lo celebramos, porque que además de que su labor fué negatíva, dió ocasión a que nuestro compañero, Constancio Romeo, que había pedido la palabra para cuando terminásemos y que sin haberla concedido le vantaron la sesión, diese, el lunes siguiente, una conferencia en que desenvuelto, razonada y elocuentemente, cuanto Alvarez Angulo había dicho.

Punto por punto fué siguiéndole—en aquellos más esenciales, si tales pueden llamarse cuatro vulgaridades de gran belleza y de gran importancia, que nos enseñaron a que nos descañásemos un solo momento, interin no veamos hecho forma lo que h. y sólo es una idea que vive dentro del corazón del individuo sin distinción. Me parece que quedaba expuesta la finalidad que tú negabas al anarquismo.

Nicolás Gualarte no estaría por demás llamar la atención de tanto compañero residente en Barcelona, de un poco de labor que aquí se hace, debido a la ineficacia de las ciencias, necesitamos la ayuda de los demás, sin cuya ayuda "mutua" y voluntaria, no habría vida posible. Por eso, en la sociedad anárquica, como en la presente, tendremos necesidad de combinar los esfuerzos individuales con los de otros individuos, con objeto de que ellos no se pierdan en el vacío de la esterilidad.

Teniendo necesidad, como ves, de aunar nuestro esfuerzo al esfuerzo de otros, reconocerás que es necesario exista un acuerdo común, de donde se deduce que los anarquistas, mejor di-

Lejos de recriminar ni tan solo criticar la conducta de persona alguna. Cada cual siga la táctica que su posición o temperamento le permita; pero sea poco o mucho, sea directa o indirecta, laboremos.

Ya que no podemos poseer su talento, mirémoslos en nuestro viejo revolucionario, recordemos su continua labor cuando el decaimiento quiera apoderarse de nosotros. Consideremos que el tiempo corre y los acontecimientos se precipitan. No es hora de despreocuparse.

Barcelona por su historia revolucionaria, es donde tiene puesta su mirada los hombres humanistas del mundo entero. Continuémosla para que sea más esplendorosa. Renazcan las agrupaciones de antaño, exhortándose por los pueblos de la montaña donde tan necesitados están sus obreros y campesinos, que atraigámonos hacia nuestro campo la juventud hoy distanciada por astutas desviaciones del elemento antiemancipador. Despertemos todos los soñolientos del aislamiento que nos estridente y nos acompaña, y los que por los años de las contradicciones de la vida estamos anonadados, con el tiempo, con nuestro obolo a nutrir. Las suscripciones de propaganda y presos, pues Barcelona, donde mayor contingente se da de perseguidos, apenas demuestra solidaridad con los caídos.

LADISLAW HOMNES

DESDE LA CORUÑA

Una controversia

Aprovechando el paso del socialista Tomás Alvarez Angulo por esta localidad, sus compañeros organizaron una conferencia en el Casino Republicano que tuvo lugar el sábado 30 del próximo pasado. El tema que se discutió, propagandista, o lo que sea, se planteó en improprios contra anarquistas y sindicalistas hasta el extremo de que sus proclamaciones dieron lugar a que fuese interrumpido eficazmente, pues que a partir de aquí, y en vista de que la inmensa mayoría de la concurrencia la que le escuchaba, se desengañó, cambió el rumbo y desconcertado y maltrecho terminó brevemente como pudo para salir de aquel berengenal en que se había metido.

Este individuo, acostumbrado a hablar en la cabilla madrileña donde nace le chispa, se debió sobrecoger al ser interrumpido, y cuando se paró en seguida y rodando escarabajo, se paró en seco en el portal. Lo sentimos ciertamente, pues que no somos amigos de parar los pies a nadie, pero que debe servirle de lección, ya que los límites de la tribuna debe tener los límites del respeto y la consideración debidos al auditorio, o éste ha de manifestar su protesta, como es justo, que tales fueron los que dirigió el conferenciante a sindicalistas y anarquistas.

El anuncio de la conferencia fué una grata sorpresa para nosotros, pues que anunciada en el Casino Republicano y por un conductor de España Nueva, no contábamos con el resultado que así coló de matusalem nos llevó allí el tema, "Socialismo y Sindicalismo", ciertamente sugestivo, creyendo sería tratado por alguna personalidad de cierto relieve en la ciencia o en otra rama del saber. ¡Después! A un socialista de criterio estrecho y del voto de una iglesia, que tiene cerrado a cal y canto sus ojos, nos valió la pena de ir a escuchar. Sin embargo, lo celebramos, porque que además de que su labor fué negatíva, dió ocasión a que nuestro compañero, Constancio Romeo, que había pedido la palabra para cuando terminásemos y que sin haberla concedido le vantaron la sesión, diese, el lunes siguiente, una conferencia en que desenvuelto, razonada y elocuentemente, cuanto Alvarez Angulo había dicho.

Punto por punto fué siguiéndole—en aquellos más esenciales, si tales pueden llamarse cuatro vulgaridades de gran belleza y de gran importancia, que nos enseñaron a que nos descañásemos un solo momento, interin no veamos hecho forma lo que h. y sólo es una idea que vive dentro del corazón del individuo sin distinción. Me parece que quedaba expuesta la finalidad que tú negabas al anarquismo.

Nicolás Gualarte no estaría por demás llamar la atención de tanto compañero residente en Barcelona, de un poco de labor que aquí se hace, debido a la ineficacia de las ciencias, necesitamos la ayuda de los demás, sin cuya ayuda "mutua" y voluntaria, no habría vida posible. Por eso, en la sociedad anárquica, como en la presente, tendremos necesidad de combinar los esfuerzos individuales con los de otros individuos, con objeto de que ellos no se pierdan en el vacío de la esterilidad.

Teniendo necesidad, como ves, de aunar nuestro esfuerzo al esfuerzo de otros, reconocerás que es necesario exista un acuerdo común, de donde se deduce que los anarquistas, mejor di-

dad otras del Partido socialista, o por mejor decir, como nuestro querido amigo señaló, de sus jefes, se han pocto total o parcialmente; una acabada crítica del colectivismo e impug nación razonada y elocuentísima de la máxima: "a cada uno el producto de su trabajo", que proclamó como credo de su partido el socialista que nos ha caído por acá esa noche; cómo el partido citado es esencialmente político y no circunstancial; un paralelo exacto entre las ideas y aspiraciones de los anarquistas y socialistas, y otro entre el procedimiento de unos y otros en las luchas del proletariado, y tantas y tantas otras cosas que sería imposible reseñar de no ocupar mucho espacio que sabemos hace falta para tantos asuntos que ha de tratar un semanario de la índole de los nuestros.

Y para terminar no dejaremos olvidada a los socialistas locales—a quienes en unión de Alvarez Angulo se invitaba especialmente—acúdate al local en que nuestro compañero Romeo dió su conferencia—local de varios sindicatos obreros y neutral para ambos bandos—y antes de que el conferenciante empezase, hicieron la comedia de pedir controversia, para retirarse en colectividad (eran ellos)—no sé quien me dijo contra ocho) como quien hace un desaire, sin duda para luego decir en sus periódicos que se retiraron porque no les fué concedida la palabra (ellos no tan sólo no la concedieron el anterior, pues como que levantaron la sesión sin decir esta boca es mía) siendos otros que no habían escuchado al orador. Esos adornideros son unos remedos comediantes.

Y hasta otra.

CORRESPONSAL

¡Compañero!

En aquella ciudad todo era extraño, incomprensible. Un sinnúmero de iglesias levantaba al cielo sus cúpulas lúgubres y policromas, pero las paredes y las chimeneas de las fábricas eran más altas que los campanarios, y los templos hallábanse envueltos por el tumulto de los edificios industriales y se perdían entre los rectos muros de piedra, como flores fantásticas entre el polvo y desolación de las ruinas.

Y cuando las campanas de las iglesias llamaban a la oración, sus bronces fuertes, arrastrándose sobre el tejado de los techos, se perdían apagadas en los angostos laberintos de las casas. Los edificios eran inmensos y algunos bonitos; las gentes deformes y mezuquinas. De la mañana a la noche, los hombres, como corrientes grises, marchaban agitados por las calles estrechas y tortuosas de la ciudad, ávidas miradas buscaban algunas palabras, otros las diversiones, otros, finalmente, parados en las bocacalles, se iban ansiosos y hostiles que los débiles se desobedían resignados a la voluntad de los fuertes.

Cuando esta palabra se grabó en el corazón de los esclavos, éstos dejaron de ser esclavos, y se levantaron a la ciudad y a todas sus actividades la gran palabra humana: "¡No quiero!"

Entonces la vida se detuvo, porque ellos son la fuerza que le da movimiento, ellos y ningún otro. Se detuvo la corriente de agua, el fuego se apagó, se cerró la luz, se apagó el ruido, los fuertes se sintieron débiles. El miedo se apoderó del alma de los violentos, y se vieron en la necesidad de cubrir su animosidad contra los rebeldes, inciertos y aterrorizados ante su fuerza.

El aspecto del hambre se levantó alto, y sus sufridos horrores. Las casas, los templos y los comederos por las tinieblas, se confundieron en un caos de piedras y hierro sin alma; un silencio siniestro llenó las calles con su niebla letal; la vida se detuvo, porque la fuerza que la hacía nacer se había conocido a sí misma y el hombre esclavo había encontrado la palabra magna, invencible, para expresar su voluntad; se había libertado. La opresión y había visto su fuerza, fuerza de creador.

Los días eran días de angustia, por los fuertes, para aquellos que se creían dueños de la vida; cada noche valía por mil, tan espesas eran las tinieblas, tan débiles brillaban las luces en la ciudad muerta, y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su propia fuerza; y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y oscuras miraban las calles, y por las calles miraban las ventanas, los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que ellos, pero así acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y